

EL PASAJERO MISTERIOSO

VI CONCURSO LITERARIO “ENEIDA”

CATEGORÍA: INFANTIL

Pseudónimo: *la cronista*

JUNIO 2009

Mario subió corriendo la montaña. Le gustaba montar en bicicleta, y en Villamiel esto no era un problema, ya que había poco tráfico. Sí, eso era lo que más le gustaba.

Pero aquella tarde todo iba a ser muy diferente. Se dirigió con su bicicleta a la antigua estación de tren. Todo estaba muy solitario, pero había una puesta de sol preciosa.

Entonces sintió cómo el suelo retumbaba a sus pies. El tren se acercaba más y más, y en vez de seguir el ritmo de siempre tan acelerado, aminoró la marcha. Cuando ya estaba casi enfrente de Mario, el tren paró rápidamente, con un estrepitoso chirrido.

Al momento se abrió la puerta y de él bajó un extraño personaje con un maletín. El tren volvió a arrancar, y siguió su camino, perdiéndose en el horizonte.

El viajante se acercó a Mario, el cual estaba perplejo por la extraña aparición.

-¿Podría mostrarme, joven, el hospedaje más cercano?

-Ss... Sí –siseó Mario.

-Gracias.

Mario bajó la cuesta andando en vez de ir en bicicleta. El extraño personaje le inspiraba poca confianza, así que mantuvo las distancias.

-¿Eres de aquí? –dijo el viajante.

-Sí, vivo aquí con mi familia.

-¿Conoces bien el pueblo, su historia? –insistió.

-Sí, supongo que lo necesario.

El hombre calló, no parecía muy conforme con la respuesta. Cruzaron la carretera y se dirigieron a la casa rural, en el pueblo.

Mario le dejó allí, y se volvió corriendo a su casa lo más rápido que pudo. Era la hora de la cena, y sus padres le estarían esperando. Cenó en un vuelo, y sus padres se quedaron muy extrañados pero no dijeron nada.

Mario se acostó pronto, tenía que ir al instituto. Los lunes eran muy aburridos, y no quería quedarse dormido por la tontería de acostarse tarde.

Esa noche no durmió bien, tenía pesadillas y calor.

-Rringg...

El despertador le levantó muy sobresaltado. Tenía que levantarse rápido. Pero se tropezó con el taburete, y se cayó al suelo. Sí, ahora sí que estaba despierto del todo.

No podía quitarse de la cabeza a aquel hombre. Había algo extraño. Algo no muy bueno, la verdad.

Llegó al colegio con ese pensamiento en la cabeza. En clase apenas atendió. Tenía que echar a aquel hombre. Sí, eso haría.

En el recreo se quedó en clase. No quiso salir a jugar al fútbol, y eso que era su deporte favorito.

Se le ocurrieron miles de soluciones, pero ninguna le convenció. Estaba rendido, no sabía que hacer.

Así toda la semana, estudiaba muy poco y estaba con un humor de perros. Nadie le soportaba, incluso sus amigos, que pensaban que era mejor no hablar con él.

Cuando Mario se quiso dar cuenta era viernes. Tenía entrenamiento y luego partido. Volvería a casa tarde. Aún que era un equipo del colegio, en el que jugaba Mario, éste presumía de ser villamielero. Pero todos se reían de él.

El partido se le pasó volando. Metió dos goles de los cuatro que marcó su equipo. Los otros futbolistas del campo contrario perdieron, pero no supieron aceptarlo y hubo una pequeña disputa.

Mario se mantuvo al margen, pero le llegaba algún que otro golpe. Con todo esto llegó casi la media noche y ya tuvo que venir la policía local a apaciguar. Terminada la disputa, el padre de Mario le recogió; pues el padre no se había enterado al no estar en el partido.

Cuando ya estaban llegando a Villamiel, vieron en el horizonte un gran fuego. Los dos se quedaron muy asustados, ya que el fuego estaba muy cerca de su casa. Pero al entrar ya en el pueblo, vieron que era en los campos de la siembra.

Entonces Mario exclamó:

-Ya decía yo que el hombre era muy extraño.

-¿Quééééé? –preguntó el padre.

-No, nada, nada. –respondió Mario.

Se quedaron un rato en el coche para ver si venían los bomberos. Los vecinos salieron a la calle para ver lo que pasaba; estaban todos preocupados, ya que se iba a perder todo lo que tenían.

Hacía unos meses antes, aquellos campos habían sido bendecidos por San Isidro. Ojala el Santo los pudiera salvar.

Cuando ya vinieron los bomberos a apagar el fuego, Mario se fue a su casa. Pero antes de meterse en la cama, planeó el ir a buscar al hombre del otro día, -seguro que él tiene algo que ver en toda esta historia -pensó Mario

A la mañana siguiente, Mario fue a la casa rural a buscar al pasajero misterioso. Cuando preguntó por él, le dijeron que ya se había ido.

Entonces Mario, cogió al bicicleta de casa, sin que sus padres se enterasen, ya que estos se habían ido a Toledo.

Fue pedaleando a la estación de tren y esperó allí a que viniera el tren o al menos el pasajero.

De repente, como la semana anterior, tembló el suelo. Se acercaba el tren muy despacito, y al llegar a la estación, se paró y bajó del tren el pasajero.

Mario saltó del banco y se acercó a él.

-Usted, usted tiene la culpa del incendio de ayer, usted... -empezó a medio gritar Mario.

-Espera chico, no vayas tan deprisa. No puedes echarme las culpas sin saber nada.

-Yo sólo le digo que tiene algo que ver –se puso a la defensiva Mario.

-En parte tengo algo que ver. Y como te pones así, tendré que contártelo.

Se dirigieron los dos al banco a sentarse.

-Aquel día que vine y te vi, te pregunté si sabías algo de tu pueblo y me contestaste indirectamente que no. Así que, yo decidí intentar ayudarte con la colaboración de unos amigos, pero estos se equivocaron en el modo de llamarme. Son un poco anticuados y usaron la vieja usanza. ¿Sabes? Se creen indios y quisieron hacer señales de humo, y se pasaron con el fuego. Bueno, que fue todo un lapsus.

-Ya, pero nos han dado a todos un buen susto y hemos perdido mucha siega. Aunque a mí eso en realidad no me importa –contestó Mario.

-Pues por eso quería ayudarte. Quiero hacerte entender que tu pueblo es muy importante. Tanto por sus gentes como por su historia. Por ello me gustaría que montases conmigo en el tren que nos llevará a un sitio que te gustará.

-¿Y qué va a pasar con el campo?

-No te preocupes –contestó el visitante- mis amigos lo harán crecer por la noche.

-Bueno entonces me voy contigo –dijo Mario.

Nada más decir eso, apareció un tren de vapor, en el que no había maquinista. Mario lo vio, pero no dijo nada.

Se subieron ambos al tren, y cuando entraron en el primer vagón, Mario vio que había gente de todas las edades, razas y épocas.

-Cada una de ellas ha sido llamada por una persona como yo para explicarle la importancia de su ciudad, pueblo o aldea –explicó el pasajero.

-Aahhh...

El tren arrancó, provocando un estrepitoso ruido, al cual nadie se inmutó. Comenzó el típico traqueteo, y Mario se asomó a la ventana de su asiento y pudo ver verdes pastos. Cuando estaba mirando esto, el tren se paró de repente y Mario se golpeó la cabeza con el cristal de la ventana.

-Pero... ¿qué pasa? –exclamó Mario.

-Nada. Sólo que hemos llegado a nuestro destino, así que vamos.

Mario volvió su vista hacia atrás y se despidió con los ojos de aquel vagón y toda aquella gente.

Cuando bajaron del vagón, Mario se percató de que era la estación de Villamel, pero totalmente llena de gente. Todos vestían ropas extrañas.

Las mujeres iban todas con vestidos y los hombres pantalones con tirantes.

-Oye, ¿qué es todo esto? –preguntó Mario.

-Hemos retrocedido unos cuantos años, para que veas que Villamiel tuvo su momento de esplendor, como todos los pueblos.

-Ya, claro. Estoy soñando, todo esto es sólo un sueño –espetó Mario- ¡venga dame un pellizco!

-Vale –y se lo dio.

-Aaahh, vale. Que duele...

-Bueno creo que es hora de que cojamos unos carros y vayamos al pueblo.

Y diciendo esto, el pasajero cogió a Mario por el brazo y obligó a subirse a un carro que estaba allí.

Se subieron los dos, y los llevaron al pueblo. La carretera se había convertido en un simple camino, muy transitado.

Las urbanizaciones no existían. Sólo estaba el pueblo.

Los dejaron en la plaza, que estaba iluminada por antorchas. La gente estaba muy feliz, e invitaron a Mario y a su acompañante a unas perdices.

Cuando terminaron de comer, le dijo el misterioso pasajero a Mario:

-Con esto te quiero decir que tu pueblo no es aburrido, ni la gente malas personas. Por eso te pido que lo aproveches, ya que no siempre vivirás aquí.

-Creo que te entiendo. Gracias –dijo Mario.

-Ya llega la hora de irnos.

Cuando iba a levantarse, Mario se tropezó y se pegó un golpe en la cabeza.

Al despertar, vio que se encontraba en su habitación.

-¿Qué me ha pasado? –preguntó.

-Que te caíste de la bici –contestó su padre.

-No te encontrábamos y fuimos a buscarte. Estabas en la estación, con un golpe en la cabeza.

Mario se quedó dubitativo. Sí, todo había sido un sueño, pero había parecido todo tan real... Jamás lo olvidaría.

Unos días más tarde, Mario se recuperó y fue a la estación. Allí no había ni rastro de nada, y el pasajero misterioso no había vuelto a aparecer.

Nunca sabría quién fue. Sólo supo que le ayudó a estar orgulloso de su pueblo. Que no importaba que sea chiquitito o grande, o que esté lejos de la capital.

Los pueblos siempre serán lugar de descanso y paz. Y quien no esté orgulloso de su pueblo, está muy equivocado.

¡VIVIR EN UN PUEBLO ES LO MEJOR!